

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

Los trastos que acaban en la calle

De los hilos colgaban una caja de pizza; una botella de detergente, de plástico; varias cervezas, estas de cristal, y bolsas varias. Todo, basura. Los desechos creaban una cortina artificial con la que tenían que enfrentarse los transeúntes. No tenían escapatoria posible. Era sábado, hacía sol. Había quien se lo tomaba como un juego y sacaba el móvil, había quien refunfuñaba y también quien preguntaba a las tres chicas que lo habían montado, **Ayla Pellicer, Inés Muñoz y Tania Cearreta**, qué era todo «eso». Una señora, del brazo de su hija, escuchaba a **Ayla**. La joven explicaba que las tres son estudiantes de la Massana y que la cortina era una intervención en el espacio público para concienciar a la ciudadanía sobre la existencia de una epide-

mia. Lo llamaba proyecto *Fem(s)*.

«¿Epidemia?», preguntaba la señora, 75 años. La hija, unos 50, estaba impaciente por seguir con el paseo matinal. «De todo lo que generamos y tiramos», respondía **Ayla**, y le daba un cartoncito en el que se leían tres palabras: «Reacciona, reduce, respeta». La señora se iba convencida de la existencia de esa epidemia.

Las chicas, de unos 19 años, explicaban cómo habían llegado a ese proyecto. «Ves todos los muebles que se tiran a la calle», decía **Ayla**. «Toda la basura que se acumula en las esquinas. En el Raval, hay muebles cada día», afirmaba **Inés**. **Tania** cargaba con «solo reciclar».

Yo las dejaba mientras tomaban fotos a quienes se topaban con la cortina. Llegaba un coche de los Mossos. Se detenía, los agentes se bajaban,



JOAN PUIG

►► Un mueble abandonado en la calle de Jovellanos, ayer.

pero se iban hacia otro lado.

En el 2011, el derroche de comida –un tercio de la producción de alimentos acaba en la basura en el mundo occidental– pasó a ser parte de la agenda de la ONU. Entonces, ni España ni Catalunya generaban datos de residuos alimentarios. El tema se debatió y, en enero de este año, hasta el ayuntamiento creó una web para concienciar sobre el derro-

che alimentario.

Hace semanas que busco en diferentes barrios qué sale a la calle convertido en basura, en trasto. La crónica de los trastos empezó el 6 de febrero. En la calle de Sant Pere Més Alt, a las 20.45 horas, había un tráfico de carros de aeropuerto que convertía la calle en Heathrow.

Era miércoles, la noche que se sacan los trastos en esa zona y, en ese

barrio se tiran mesitas, sillas, sillones, vestidos y cabeceras de cama que, luego, se venden en mercadillos de segunda mano.

Los de los carros pertenecían a una misma familia y las furgonetas esperaban en la frontera. Era un sistema organizado: un hombre y una mujer seleccionaban los muebles, otros se los llevaban en un carrito y, de frente, se topaban con los que acababan de dejar el material en la furgoneta y que ya venían con el carro vacío. Tras su paso, aparecían los chicos con los carros del súper: se llevaban lo que quedaba; lo que se enviará a África.

El retrato de la abuela

► Un vecino me explicaba que cuando se mueren los ancianos, sus muebles acaban en la calle. Cuando me lo decía, recordaba unos retratos en blanco y negro, de esos que se ponen en los recibidores y que traen la tatarabuela al presente. Las fotos no habían pasado la selección de los recicladores, ni de los primeros ni de los segundos. En la Barceloneta, la recogida de los trastos es la noche del viernes. Hay mucho cachivache roto. No hay nadie que se interese por esos trastos. ■

cgaya@elperiodico.com